

El Marco más humano

Recibido: 16 de julio, 2024
Aceptado: 14 de agosto, 2024
Por: Ramiro Rodríguez Vargas¹

Resumen

Parodiando el título del poemario *El grito más humano*, de Jorge Debravo, entrañable amigo de Marco Aguilar, en este artículo el escritor y periodista Ramiro Rodríguez aporta valiosos elementos de la cotidianeidad de Aguilar en su natal Turrialba. En él se le puede captar en el taller de radioelectrónica en que trabajaba, en el emblemático restaurante *La Feria*, o caminando por las calles de la ciudad, siempre departiendo, gentil y noble, con la gente.

A More Human Marco

Abstract

Parodying the title of the poem *El grito más humano* (The Most Human Cry), by Jorge Debravo, a close friend of Marco Aguilar, in this article writer and journalist Ramiro Rodríguez provides valuable elements of Aguilar's daily life in his hometown Turrialba. It is possible to find him in the radio-electronics workshop where he worked, in the emblematic restaurant *La Feria*, or walking through the streets of the city, always chatting with people, in a kind and noble way.

Ramiro Rodríguez Vargas. El Marco más humano. Revista *Comunicación*. Año 44, volumen 34, número 2, junio-diciembre, 2024. Instituto Tecnológico de Costa Rica. ISSN: 0379-3974/e-ISSN1659-3820

PALABRAS CLAVE:

poesía costarricense, poesía turrialbeña, crítica literaria, cotidianeidad, Marco Aguilar.

KEY WORDS:

Costa Rican poetry, Turrialban poetry, literary criticism, daily life, Marco Aguilar.

¹ Es licenciado en Enseñanza de la Matemática por la Universidad de Costa Rica (UCR), en periodismo por la Universidad Autónoma de Centro América (UACA), y en Derecho por la Universidad Florencio del Castillo (UCA). Ha sido el fundador y director de la revista *Turrialba Hoy*, por 35 años. Fue directivo de la Editorial Costa Rica. Ha escrito dos novelas, dos libros de relatos, una obra de teatro, varios poemarios y un libro de matemáticas. Contacto: turrialbahoy@gmail.com

Corrían los años sesenta del siglo XX. La poesía marcaba rumbos desconocidos, Pablo Neruda en Chile, Octavio Paz en México, Mario Benedetti en Uruguay, Ernesto Cardenal en Nicaragua y muchos otros autores que se rebelaban contra los esquemas de la vieja guardia. Había una revuelta latinoamericana en busca de una nueva propuesta expresiva para la lírica, una invitación tácita al abandono de las viejas molduras, de hacer poesía distinta a las odas, acrósticos, pregones, sonetos, cantos de amor y otros más, afines al romanticismo característico de los años idos.

En Turrialba, lugar caracterizado por estar cerca de los movimientos de vanguardia en temas culturales y sociales, se formó un grupo llamado Círculo de Poetas Turrialbeños, quienes gracias a la *Biblioteca Líneas Crises* –creada por ellos mismos– publicaban folletos, estudiaban autores, “tallereaban” poemas, con un inusual entusiasmo hacia las nuevas formas de expresión poética.

Buscaban un discurso más apegado a las sensaciones cotidianas, a las angustias y sentimientos de la gente. Una poesía más humana, más cerca de la gente común, más afín con las vivencias cotidianas que con figuras literarias usadas como orlas de belleza superficial o como una explosión de galimatías lingüísticas sin razón ni sentido, expresiones que subían como pompas y reventaban mucho antes de tocar el suelo.

En ese grupo estaba Marco Aguilar Sanabria, quien, junto a Jorge Debravo –nombre artístico de Jorge Delio Bravo Brenes–, Laureano Albán Rivas y unos pocos más encontraban en la poesía una caja de resonancia para sus ideas revolucionarias, no por el ánimo de ser contestatario, sino por la disrupción que proponían como nueva forma de escribir poesía.

DE TURRIALBA A SAN JOSÉ

Contradecir las rimas, los modelos, la estructura, el romanticismo y otros modos, a veces exigidos y en otras ocasiones motivo de descalificación para una obra, no era sencillo ni fue fácil, contaba Marco. Porque los célebres literatos del área metropolitana, los afamados gurúes, acostumbrados a obtener y repartir premios de literatura nacional, rechazaban por insólitas las iniciativas literarias disruptivas.

San José era, y es, una selva para un autor novato. Abrirse paso en ese mundo era casi imposible, narraba Marco, cuando se le preguntaba sobre su decisión de separarse de esa crueldad literaria prevaleciente y de acuerdos inefables defendidos por las viejas estructuras. Sobre la existencia de estos círculos fue testigo Margarita Salazar, viuda de Jorge Debravo, quien narra lo sucedido luego de la prematura muerte de su esposo, cuando la asediaron en busca de materiales inéditos, licencias editoriales, al grado de asaltar su casa para robarle materiales de su difunto marido. Otros solo, y aprovechando su inocencia y desconocimiento del medio literario, le pidieron prestadas hojas sueltas escritas por Debravo, para, supuestamente, escribir un artículo para el periódico que comandaban y terminaron desaparecidas.

Así fue como Laureano y Jorge se trasladaron al mundo capitalino “a batir barro y sudar la camisa”, para convencer gente. Sufrieron las circunstancias de romper moldes y entrar en grupos casi herméticos, que dominaban el mundo literario y descalificaban el producto de la “mostacilla” proveniente de la ruralidad nacional.

La resiliencia del grupo se la dio su evolución a Círculo de Poetas Costarricenses, que enarboló la bandera del movimiento artístico turrialbeño. El cambio de paradigma tomaba fuerza; funcionó como la gota en la roca. Con paciencia, sacrificio y perseverancia, abrieron brechas, después senderos, más tarde caminos, seguros de que vendrían las carreteras de varios carriles.

Marco sabía que la lucha estaba trenzada, y decidió dar su aporte desde su trinchera con la mejor herramienta que tenía a mano, su pluma; esa pluma sensible y exquisita, esa vocación por la palabra bien ubicada y escrita con precisión milimétrica, que llevaba un mensaje y lo hacía transversal en su obra. El mensaje de una sencillez amiga del lector, sin perder la calidad expresiva ni la vocación artística.

Pronto otros autores nacionales se fueron percatando de que la nueva poesía se abría paso, impactando contra los viejos esquemas. Era unirse o perecer, y así fue como literatos de la estatura de Arabella Salaverry, Julieta Dobles, Jorge Ibáñez y Jorge Treval, aun con sus resistencias naturales iniciales, fueron



Marco trabajando en el taller de radioelectrónica. Foto: Roberto Barahona.

reconociendo las bondades de los cabecillas del movimiento. Se barruntaban buenos tiempos para la actividad literaria.

MARCO EN SU TERRUÑO

Desde la tranquilidad de su querida Turrialba, Marco Antonio del Socorro Aguilar Sanabria tenía un ojo en la producción propia y otro en los acontecimientos de la capital, donde estaban sus compañeros. Y como –según afirmaba él– en Costa Rica no hay un solo autor que pueda vivir de la literatura, tenía que ganarse el sustento reparando electrodomésticos, en un taller que compartía con Víctor Rodríguez Balles-tero.

De acuerdo con su versión, ahí en el taller vendía los libros que en ocasiones publicaba, con tiradas de 1000 a 3000 ejemplares. Curiosamente, Marco nunca envió sus obras a participar en festivales de poesía o concursos internacionales, porque no escri-

bía para la farándula, sino para hacerse sentir y hacer sentir. Quienes lo conocían, le compraban sus libros apenas veían la luz. Un día me comentó que casi siempre sucede que de los 2000 libros de poesía que se publican cuando se otorga el Premio Nacional de Poesía, quedan 1990 en los anaqueles de la editorial, porque le dan diez de cortesía al galardonado.

Lo antes indicado coincide con lo expresado por Adriano Corrales en el presente dossier, al manifestar que:

Su poesía, tallada y esculpida en silencio, se compone de seis libros con tirajes muy cortos [...]. Quizás por esa razón –los tirajes cortos en su ciudad natal– las nuevas generaciones de versificadores costarricenses no conocen la ardorosa búsqueda de este bardo turrialbeño. Y, sin embargo, son variados los poetas y críticos que han valorado la obra de Marco Aguilar como una de las propuestas más coherentes y lúcidas

de la poesía contemporánea costarricense. No obstante –paradoja criolla y cruel que no cesa–, nunca se le reconoció con ningún premio ni se le brindó la atención que merecía en la academia ni en los ámbitos oficiales y/o periodísticos [...]. Es decir, estamos ante un poeta que había comprendido a cabalidad su papel en tanto productor de poemas, no para la fanfarria de los premios, el reconocimiento simbólico y/o material –contante y sonante– o los viajes, sino, sencillamente, porque debía decir lo que le atormentaba o deleitaba y pujaba por salir.

Entre sus poemarios figuran *Raigambres* (1961), *Cantos para la semana* (1963), *Emboscada del tiempo* (1988), *El tránsito del sol* (1996), y *Profecía de los trenes y los almendros muertos* (2020). El recién citado Corrales considera *Emboscada del tiempo* como su obra maestra, al calificarla como una auténtica epopeya que logra posicionarse como uno de los esfuerzos mejor logrados de la poesía costarricense de los últimos 30 años.

En Turrialba, cuando uno deseaba tener una conversación enriquecedora y amena, tenía la opción de ir al taller de Marco. Ahí, entre gotas de soldadura y el cambio de un transistor, Marco le hablaba de poesía o de la realidad nacional, conversación que casi siempre terminaba con una referencia a su querida

Liga Deportiva Alajuelense, insignia futbolística que le daba alegrías y sinsabores.

EN LA FERIA

Otra de las oportunidades que había para oír a Marco y solazarse con su elocuente palabra era en el restaurante La Feria, de los hermanos Manuel y Roberto Barahona Camacho, quienes en su local programaban o permitían programar actividades culturales de diversa índole, como recitales, festivales, la celebración del Día Nacional de la Poesía o del natalicio de los poetas locales, así como exposiciones de arte.

Marco era un asiduo visitante. Ahí se daba gusto leyendo sus poemas, con esa soltura, esa cadencia y esa facilidad para estremecer. Sin duda, los sinceros aplausos de la concurrencia eran el mejor premio a su obra. No hay mejor momento para un poeta que cuando el público se apodera del mensaje y lo transmite como propio, como solía decir él.

Con Marco tuve la fortuna de compartir en múltiples ocasiones, e incluso la honra de tenerlo como presentador de uno de mis libros y como colaborador en la revista *Turrialba Hoy*, algunas veces como proveedor de hechos graciosos para incluir en *La Pedrada*, una sección de dicha revista muy gustada por los lectores, porque se ventilaban algunos hechos simpáti-



Marco en un recital en La Feria, dedicado a Jorge Debravo. Foto: Roberto Barahona.

cos o pícaros que les ocurren a los lugareños. Así era Marco, de pie en el suelo, sin aspavientos, siempre humilde. A nadie menospreciaba ni le negaba un favor, sin importar su origen o su condición.

Marco era creyente en el bien, en la bondad, en la honradez, en la vida y el hombre, así lo expresa en su poema "Pero creo en el hombre":

Creo en el tigre y creo en el zarpazo.
Pero creo en el hombre sobre todo.
Creo en el mar desesperadamente.
Pero creo en el hombre sobre todo.
Creo en la rebelión, creo en la cólera,
en la desolación y en la ternura.
Pero creo en el hombre sobre todo.
Creo en el hombre tonto, enamorado,
asesino indefenso.
Insomne constructor de rascacielos,
borracho sin remedio,
científico, ladrón, capaz de todo,
padre y verdugo de generaciones.
Creo en el hombre inválido que llora
desnudo con sus huesos y sus lágrimas;
dueño del mundo que tembló de miedo.
Creo en el hombre que se pone triste;

creo en el hombre cuando está cantando,
por eso, porque canta, porque es tonto
creo en el hombre irremediabilmente.

Es difícil retratar en prosa la grandeza de un ser humano que merece un pedestal que nunca deseó, un reconocimiento nacional nunca buscado, una presencia imborrable en la memoria y en el imaginario colectivo, para que siga con nosotros, diciendo, creyendo y floreciendo desde las páginas de sus libros. Marco Aguilar Sanabria... ¡vivirás por siempre!

Marco escribía lo que creía, y a la inversa. Un fragmento de su *Emboscada del tiempo* lo ejemplifica justamente:

completamente ciegos,
a pesar de lo cual fueron felices
pues no tenían manera saberlo.

Muchísimos de ellos

no quisieron cambiar y se quedaron
peces y ciegos para toda la vida.

Desconocer la obra de Marco Aguilar no es ignorancia, es penitencia.